

parte de los príncipes mahometanos.» «Bajo cualquier punto de vista, dice otro moderno historiador, que se mire la vida de Alfonso VII., por todos lados aparece grande, activa, gloriosa. Verdad es que se encuentran en ella algunos lunares. No contento con engrandecerse á expensas de los moros, también probó hacerlo algunas veces á costa de los reyes sus vecinos: mas como en los últimos años de su vida comprendiese los deberes que le imponía su título de emperador, procuró sin descanso reconciliar todos aquellos príncipes rivales, y reunir las fuerzas de la cristiandad contra sus eternos enemigos. Pocos reyes se han mostrado mas dignos del trono... el nombre de *Emperador* no fué para él un objeto de ambicion vulgar; á falta de la unidad monárquica, para la cual no estaba todavía en sazón la España, le dió por lo menos la unidad feudal.»

Con razon, pues, lloraron su muerte todos sus súbditos. La noticia del fallecimiento apartó á su hijo don Sancho de las fronteras de los moros, así para dar honrosa sepultura al cadáver de su padre que fué llevado á Toledo, como para encargarse del gobierno de Castilla. Su hermano don Fernando estaba declarado ya también rey de Leon.

Toledo, tomando el camino de Galicia, sin decir á nadie su viage, yendo disimulado por no ser sentido. Llegó así sin que don Hernando lo supiese; y haciendo pesquisa de la verdad, esperó que don Herando estuviese en su casa y cercóle, y prendióle en ella,

y sin mas dilacion mandó poner una horca á las puertas de las mismas casas de don Hernando, y que luego le pusiesen en ella, y al labrador volvió y entregó todo lo que se le habia tomado... Hecho esto, volvióse para Toledo.»

## CAPITULO VIII.

### LOS ALMOHADES.

Su origen y principio.—Doctrina y predicaciones de Mohammed Abu Abdallah.—Toma el título de Mahedi.—Persecuciones, progresos y aventuras de este nuevo apóstol mahometano.—Abdelmumen: sus cualidades: asóciase al profeta.—Triunfos materiales y morales de estos reformadores en Africa.—Toman sus sectarios el nombre de Almohades: conquistas de estos.—Muerte del Mahedi y proclamacion de Abdelmumen.—Victorias del nuevo emir de los Almohades.—Muere el emperador de los Almoravides Ali ben Yussuf, y le sucede su hijo Tachfin.—Los Almohades conquistan á Oran, Tremecen, Fez y Mequinez.—Muerte desgraciada del emperador Tachfin.—Revolucion en España á favor de los Almohades.—Conquista Abdelmumen á Marruecos: hambre y mortandad horrorosa: Ibrahim, último emperador de los Almoravides: muere asesinado por Abdelmumen.—Fin del imperio Almoravide en Africa y España.—Dominan allá y acá los Almohades.

Otra nueva raza africana ha invadido la península española, y echado en ella los cimientos de una nueva dominacion. ¿Quién era, y cómo se formó, y cómo vino á España este pueblo, enemigo también del nombre cristiano, pero no menos enemigo del nombre almoravide, que ha venido á destruir, á arrojar del suelo español á otro pueblo mahometano como él, y africano como él, y á fundar sobre las ruinas del imperio almoravide otro imperio y otro trono?

A principios del siglo XII, siendo Alí ben Yussuf emperador de Marruecos y rey de los almoravides de España, un tal Mohammed Abu Abdallah, cuyo padre dicen que tenia el cargo de encender las lámparas de la grande aljama de Córdoba, con el deseo de instruirse en las cosas de su fé despues de haber estudiado en Córdoba pasó á Oriente, y llegando á Bagdad entró en la escuela en que daba sus lecciones el filósofo Abu Hamed Algazalí, que se distinguia por sus doctrinas contrarias á la fé ortodoxa de los musulmanes. Fijóse el doctor en aquel hombre, y al ver su extraño traje le preguntó: «Estrangero, ¿de qué pais sois?—Soy, respondió, de al-Aksah en las tierras de Occidente.—¿Habeis estado en Córdoba, la escuela mas célebre del mundo?» Como Mohammed contestase que sí, le preguntó Algazalí: «Conoceis mi obra *Del renacimiento de las ciencias y de la ley?*—La conozco, le respondió.—¿Y qué se dice de ella en Córdoba?» Suspenso y embarazado se quedó el estrangero; mas instado por Algazalí á que se esplicase con franqueza, «Doctor, le dijo, vuestro libro ha sido condenado al fuego por la academia de Córdoba, como contrario á la fé pura del Islam, y esta sentencia ha sido confirmada por Alí, el cual ha mandado quemar todos los ejemplares de vuestra obra, no solo en Córdoba sino en Marruecos, en Fez, en Cairvan, y en todas las academias de Occidente.» Algazalí levantando los brazos al cielo y pálido de ira exclamó con

temblosa voz: «¡Destruye, Allah, y aniquila el imperio de ese hombre como él ha destruido mi libro!—Y que sea yo, oh ilustre iman, añadió entonces Abu Abdallah, que sea yo el ejecutor de vuestros votos!—Asi sea, exclamó Algazalí: Señor, cúmplase mi deseo por las manos de este hombre!»

Desde entonces concibió Abu Abdallah el pensamiento de acabar con el imperio de los almoravides, y volviendo á su patria en Africa comenzó á predicar con fervoroso celo de ciudad en ciudad la doctrina de Algazalí, como encargado de una mision divina, declamando contra la relajacion de los musulmanes, y procurando atraerse la admiracion y el respeto por la severa austeridad de sus costumbres, y no ostentando otro haber que un baston y un vaso de cuero. Dióse el nombre de *El Mahedi* (el conductor). No tardó el nuevo apóstol en hacer algunos prosélitos: la suerte le deparó entre los primeros á un jóven de noble raza y de bella y arrogante figura, llamado Aldelmumen (el servidor de Dios). Desde luego penetró El Mahedi las grandes disposiciones naturales de aquel jóven, y le hizo su compañero. Juntos se dirigieron los dos socios á Marruecos, residencia del emperador Alí. La corrupcion de la capital les ofreció abundante materia para sus predicaciones contra la desmoralizacion de los musulmanes. Un dia cuando el pueblo se hallaba reunido en la gran mezquita, entró Abu Abdallah, y con admiracion de todos se sentó en la tribuna del

*Emir.* Advirtióselo un ministro, y le respondió con severa gravedad: «Los templos solo pertenecen á Dios.» Aunque entró el emir, Abdallah permaneció en su puesto sin inmutarse: leyó un capítulo entero del Coran, y concluida la oracion, saludó al salir al soberano y le dijo: «Pon remedio á los males de tu pueblo y á los abusos de tu gobierno, porque Dios te pedirá cuenta del poder que te ha confiado.» Asombrado Alí, no supo que responderle, y aquella atrevida amonestacion dejó una impresion profunda en la muchedumbre. Con esto la osadía de el Mahedi fué creciendo, y como un dia encontrase á la hermana del emir paseando á caballo con el rostro descubierto, contra las leyes del Coran, no contento con reprenderla ágríamente puso las manos en su cuerpo con tal rudeza que la hizo caer del caballo: la desgraciada princesa refirió llorando su injuria al emperador su hermano, pero el sufrido y paciente Alí no hizo sino desterrar de Marruecos al audaz ofensor, teniéndole mas por insensato que por dogmatizador peligroso y temible.

No se alejó mucho el nuevo misionero. En un cementerio cercano á la ciudad construyó una cabaña ó ermita para sí y para su fiel Abdelmumen, desde donde comenzaron á declamar con mas violencia contra la impiedad de los Almoravides; y como estos no tenian muy en su favor al pueblo ni en África ni en España, pronto acudió la multitud á escuchar gustosa los atrevidos y acalorados discursos que de entre las

tumbas del cementerio se lanzaban contra sus dominadores. Ya esto puso mas en cuidado á Alí, y dió orden para que prendiese al perturbador; pero él, avisado del peligro, se huyó á Tinmal seguido de una turba de prosélitos; extendióse su fama por el Atlas, y allegósele un prodigioso número de discípulos.

Anunciábales allí en sus sermones la venida del gran Mahedi (el Mesías), que habia de traer á la tierra la paz y la bienaventuranza. Un dia, con arreglo á un plan de antemano concertado, cuando él estaba haciendo la descripcion de las virtudes del gran Mahedi y del modo como habia de reformar y hacer feliz el mundo, se levantaron Abdelmumen y nueve mas, y exclamaron: «Oh Mohammed! tú nos anuncias un Mahedi, y la descripcion que de él haces solo te cuadra á tí: sé pues nuestro Mahedi, y todos te obedeceremos.» Levantáronse en seguida los demas discípulos, y juraron todos obedecerle hasta la muerte. Dejóse proclamar Abu Abdalla, y constituyéndose en fundador de un pueblo nuevo, procedió á organizarle, haciendo su primer ministro á Abdelmumen, á quien asoció nueve mas, que eran como sus decemviro. Distribuyó á los demas en otras nueve clases, entre las cuales se contaban otros dos consejos, uno de cincuenta individuos, y otro de setenta, y ademas la clase de alimes ó sábios, la de hafizes ó intérpretes de las tradiciones, etc. Allí juntó ya un ejército de diez mil de á caballo y muchos mas de á pie, y con él se

encaminó á Agmat, en ocasion que el emperador Alí volvió de España á Marruecos (1121).

Fué ya preciso que el walí de Sús marchára contra los rebeldes; mas no atreviéndose á acometerlos, pidió socorros á Marruecos, y salió Ibrahim, hermano del emperador, con gran refuerzo de gente, Encontráronse con los Almohades, que este fué el nombre que tomaron los secuaces del Mahedi (1). Tuvieron estos la fortuna de salir vencedores, y este primer triunfo les dió un prestigio á que ayudó mucho la supersticion de aquellos pueblos. Juntó otro ejército el emperador, y despues de un porfiado combate tuvo tambien la desgracia de ser derrotado, cosa que no dejaba el Mahedi de atribuir en sus proclamas á protección visible del cielo. Sobresaltado ya el emperador, llamó de España á su hermano Temim, que habia adquirido gran reputacion de guerrero; Temim fué contra los rebeldes, los cuales se habian atrincherado en las alturas de la sierra del Atlas. Los Almoravides preparón con valor para desalojar á los enemigos de aquellas cumbres; pero de repente entró la confusion y el desorden en las filas delanteras, y cayendo unos sobre otros rodaron multitud de soldados por los despeñaderos, á cuyo tiempo salieron los Almohades de

(1) Segun Abulfeda y Dombay los cristianos, á quienes llamaban *Almohades* quiere decir *Unitarios*, *moshrikun* (politeistas), porque creyentes en un solo Dios, por creian y adoraban la Tri-

entre las breñas, y por tercera vez derrotaron á las tropas de Alí.

Quería el Mahedi tener una ciudad fuerte, en la cual pudiera con seguridad hacer sus preparativos para las grandes conquistas que ya meditaba. Fortificóse, pues, en Tinmal, situada en la cima de un peñasco inexpugnable, rodeada de espantosos desfiladeros y precipicios, y á la cual se subia por escalones cortados en la misma piedra. Desde allí hacian los Almohades continuas irrupciones en el llano. Al cabo de tres años creyéronse bastante fuertes para dar un golpe á la misma capital de Marruecos, y bajando de Tinmal en número de treinta mil marcharon en derecha sobre la córte de los Almoravides. Juntó el emperador Alí para oponer á los Almohades un ejército de cien mil hombres, con los cuales les salió al encuentro: pero vencidos otra vez los Almohades, Marruecos vió acercarse hasta sus muros las entusiasmadas huestes del Mahedi. Sin embargo, mas bravos los Almohades en la pelea que diestros en tomar plazas, se dejaron sorprender una noche, y fueron la mayor parte pasados á cuc hillo. Cuando la noticia de este desastre llegó á Tinmal, el Mahedi que se habia quedado allí enfermo preguntó si se habia salvado Abdelmumen, y como le dijese que sí, exclamó: «pues entonces nuestro imperio no está perdido.» Necesitaban, no obstante, los Almohades algun tiempo para reponerse de aquella desgracia (1125).